

ALEXIS USCÁTEGUI NARVÁEZ

Licenciado en Lengua Castellana y Literatura, egresado de la Maestría en Etnoliteratura;
Docente del Programa de Formación Humanística, Universidad de Nariño.

SUREM

Tilmambí, fue una región caracterizada por su culturalización trivial, afrodescendientes e indios poblaron la zona; todos vivían en fraternidad hasta que llegaron visitantes inesperados en barcos enormes que cambiaron considerablemente las formas de vida de sus legítimos habitantes, se trata de los colonizadores, un grupo humano que acabó con todo el legado racial, impusieron leyes esclavizando a todos para procrear su reino imperialista. Los colonos, descubrieron que estas tierras ostentaban de mucho oro, la ambición fue como una fiebre que no se puede mitigar con ningún analgésico o antigripal, sólo, las morrocotas en sus manos del invaluable esplendor dorado, los hacía respirar el aire de la gloria. A los hombres hijos de la noche, les pegaban con rejos de alambre y púas cuando no trabajaban fuertemente en las minas y los ríos, a los indios, no les daban de comer cuando no realizaban adecuadamente los oficios de la casa; todos ellos, estaban desesperados porque sus cuerpos no daban abasto para los crueles encargos, creían que estas imposiciones se presentaron por no seguir rindiendo culto a sus legendarios ancestros.

Los pobladores, al no resistir más los abusos, rindieron un rito nocturno a sus ancestros para que los ayuden a salir de este inhumano tormento. Inda Jani, una lideresa de Tilmambí se dirigió hasta la colina porque los dioses Bimorí y Anam querían hablar con ella; al llegar al recinto sagrado, sucedió un insospechado prodigio:

– Bienvenida a nuestro templo sagrado Inda Jani – le dijo Bimorí.

– Vengo en representación de mi pueblo para suplicarles que nos ayuden, a nuestras tierras han llegado seres que nos han explotado en menesteres que no solíamos hacer. Nos han quitado las riquezas y nuestra libertad – habló Inda Jani con pleitesía a los dioses.

– Por supuesto que nos hemos dado cuenta de este despiadado hecho, por ello los vamos a socorrer; pero, antes debes hacer algo por nosotros, entrérganos la Yamanik que llevas puesta en tu cuello, porque sin ella no podemos utilizar nuestros poderes – agregó Anam.

– La Yamanik es un valioso recuerdo que heredé de mis antepasados, esta hermosa piedra ha pasado por muchas generaciones en mi comarca, pero no importa, otorgaré mi pertenencia para que mi pueblo vuelva a ser libre.

Al entregar Inda Jani la esmeralda, los dioses prepararon sus divinidades para desatar un fuerte castigo en contra los colonizadores, Bimorí dios del viento nubló todo el pueblo dejándolo en tinieblas; Anam diosa de la tierra, hizo secar las siembras dañando todos los productos. Los colonizadores al ver este inexplicable suceso, ordenaron a los negros e indios

que detengan sus labores. Inda Jani, al regresar a su población se comunicó con el emperador, advirtiéndole que si no abandonaban sus tierras, los dioses iban a castigarlos con la muerte a él y sus legionarios. Como los colonizadores habían obtenido a costillas de sus súbditos suficiente oro, tomaron sus embarcaciones rumbo a una nueva morada, en busca de otros territorios para explotarlos y obtener así nuevos beneficios. Sin embargo, Bimorí y Anam no permitieron que los intrusos abandonen Tilmambí con todo el patrimonio, por ello, hablaron con Masawa diosa del mar, para que tome justicia frente a este inconcebible acto. Masawa desahogó todo su poder en el agua generando huracanes que hundieron todos los barcos de los colonizadores; el oro se perdió en el fondo del océano, pero la aldea de Tilmambí volvió a ser como siempre lo fue, libre...